

jando para un año más tarde los cuidados que acarrea el matrimonio.

Esto le pareció evidente á Loulou.

### III

#### Von Heleden Lobebaeren (1)

En las llanuras alemanas la mies había madurado y sólo aguardaba la hoz del segador; de pronto, una nube sombría, que venía del Oeste, cruzó por el cielo azul de nuestro país, extendiendo la sombra amenazadora de la guerra y llenando de terror á todos aquellos que se aprestaban gozosos á recoger la cosecha. Durante quince días permaneció el pueblo en una alternativa dolorosa, ignorando si debía empuñar la hoz ó la espada; luego se oyó resonar por todos los ámbitos del país el grito del destino, á la vez terrible y libertador: ¡los franceses han declarado la guerra!

Era el 15 de Julio de 1870, un viernes.

A hora avanzada de la noche se supo en Berlín que el embajador francés había insultado al Rey en Ems; que éste volvía á todo prisa á la capital y que era imposible evitar una guerra sangrienta con nuestros temerarios vecinos del otro lado del Rhin. A la caída de la tarde, la avenida de los

(1) Primer hemistiquio del segundo verso de los *Nibelungen*, que significa «Héroes dignos de alabanzas».—(N. del T.)

Tilos, desde la puerta de Brandeburgo hasta el puente del Castillo, rebosaba gente, que contenía su agitación y sólo la manifestaba por las fulgores de sus miradas, su aspecto decidido y el temblor de su voz. Sin previo acuerdo, porque no es necesario cuando el mismo pensamiento se agita en todas las cabezas, los habitantes adornaron sus balcones con banderas y farolillos, y la avenida tomó un aspecto de fiesta como si se celebrase ya una victoria. La muchedumbre ofrecía el mismo golpe de vista, no el de un principio dudoso, sino el de una conclusión gloriosa. En ningún rostro se veía una expresión vacilante; en ninguna mirada una pregunta dirigida al porvenir; en todos, por el contrario, se leía la seguridad del triunfo, como si todos hubieran visto inscrita en la última página del libro del destino la certidumbre de un triunfo glorioso.

Hacia las nueve se oyó, por el lado de la puerta de Brandeburgo, como un trueno, cuyo estruendo llegó á repercutir hasta el otro extremo de la avenida; el pueblo saludaba, con un solo y formidable grito, al Rey, que acababa de llegar un cuarto de hora antes á la estación de Potsdam, y cuyo coche atravesaba lentamente la plaza; al lanzar aquel grito desde el fondo del pecho, quería afirmar á su soberano que estaba dispuesto á seguirle hasta la muerte; pero el soberano iba tan absorto en sus reflexiones, que aquellas ardientes aclamaciones de su pueblo no parecían penetrar hasta su alma; los príncipes se habitúan á esto desde su niñez. Saludan sin cesar con la mano y con la cabeza, á derecha é izquierda, pero era un trabajo mecánico de su cuerpo, en el cual el espíritu no tomaba parte alguna. Sus ojos no tenían una sola mirada para aquel mar de cabezas que se descubrían ante su

coche; se hundían con aire sombrío en lo lejano como si quisieran descifrar con obstinación los caracteres indecisos de una sentencia obscura. ¿Consideraba el Rey en aquel momento su responsabilidad como una carga poco menos que superior á las fuerzas de un mortal? ¿Deseaba interiormente poder compartir el peso de esta decisión con otros, acaso con los representantes del pueblo, y no tener que jugar él solo los dados que decidirían de la vida ó de la muerte de cientos de miles de sus súbditos? ¿Quién puede decirlo? En todo caso, su semblante majestuoso nada dejaba transparentar de esta inquietud; tenía el sello de una seriedad terrible, pero también de una firmeza de bronce; evidentemente la fe en la divinidad de su misión de soberano le daba una fuerza de carácter sobrehumano. Aceptaba sin debilidad, en aquella hora solemne, toda la responsabilidad real, y se aprestaba á desatar con su mano de mortal los hilos sombríos á los cuales estaban atados los destinos de millones de hombres.

En momentos como aquel, una población entera no forma más que un solo y mismo sér dominado por un sentimiento único y obediente á las órdenes de una sola voluntad; hay impulsos que salen no se sabe de dónde, y todo el mundo se conforma á ellos ciegamente; un grito sale de los labios de un desconocido, y todo el mundo lo repite al unísono. En estas circunstancias es cuando se nota con extrañeza que todos los hombres se parecen, á pesar de las diferencias aparentes que pueda haber entre ellos; el instinto de la imitación se sobrepone á todo, y la diversidad entre las personas desaparece.

Guillermo y Pablo estaban sentados aquella noche en uno de los balcones que dan sobre la

avenida de los Tilos, en casa de Spagnapani (1). Las estrechas salas de la confitería estaban llenas de gente; había hasta en la escalera, y los vivos de los que allí estaban se mezclaban con los de las gentes de la calle; apenas hubo pasado el coche del Rey, unos cuantos mozos se precipitaron en el local gritando; arrojaron sobre una mesa varios impresos todavía húmedos y desaparecieron. Era un mensaje corto y belicoso dirigido al Rey, y que terminaba con esta palabra: «¡Hurra Prusianos, corred al enemigo!» Nadie conocía al autor de este mensaje ni á quien lo había impreso ni distribuido; pero todo el mundo se abalanzó sobre él y por todas partes se pedían plumas para poner las firmas; algunas gentes activas dispusieron en un abrir y cerrar de ojos mesas con tintero y plumas en la acera, y llamaron á los transeuntes invitándoles á firmar. Pablo fué uno de los primeros en cumplir este deber de buen ciudadano, y pasó luego la pluma á su amigo; éste la dejó suavemente sobre la mesa; se asió del brazo de Pablo y lo arrastró lejos del gentío, á la calle Friedrich, que estaba más tranquila.

—¿Eres prusiano?—le preguntó Pablo con una animación que nunca su amigo le había conocido.

—Soy tan prusiano como tú—le respondió tranquilamente Guillermo—haré mi deber como ya lo he hecho; pero estas vanas manifestaciones me dejan frío.

—Un mensaje de este género da al Gobierno la

(1) Una de las principales *Conditoreien* (confiterías) de Berlín en aquel entonces, á donde se iba á leer los periódicos extranjeros. La casa ha desaparecido desde hace algunos años. Los cafés á la moda de Viena tienden á sustituir á las antiguas confiterías berlinesas.—(N. del T.)

fuerza moral necesaria para llenar su arduo cometido.

—Espero que no hablas seriamente, mi buen Pablo. El Gobierno hace lo que debe hacer, sin preocuparse de nuestros mensajes; me repugna ofrecer un asentimiento que no se me ha pedido; no quiero que parezca que digo que sí en una circunstancia en que no me es permitido decir que no.

Pablo callóse, y Guillermo continuó con tono meditabundo:

—Te has engañado á tí mismo, como todas esas gentes que se figuran que son todavía hombres independientes, libres, para aprobar ó condenar la declaración de guerra. Soy sincero conmigo mismo; sé, y me lo confieso, que no tengo nada que decir y sólo me toca obedecer. Ya no soy un individuo: desde ahora no soy más que una partícula ínfima del organismo inmenso del Estado. Una fuerza sobre la cual yo no tengo ninguna influencia, se ha apoderado de mí y me ha despojado de mi voluntad. ¿Puedes todavía disponer de tu destino? ¿Lo puedo yo? Somos arrastrados sin resistencia por la suerte común de nuestro pueblo, ¿y quién decide esto? El Rey se figura acaso seriamente que es él; el emperador Napoleón acaso también; por mi parte creo que ninguno de los dos influye realmente en los destinos de los dos pueblos más que nosotros sobre los nuestros propios. Nosotros obedecemos al Estado: ellos obedecen á la ley del desarrollo de la humanidad desde sus primeros orígenes; la obra de las generaciones precedentes los arrastra en su engranaje y los obliga á marchar, exactamente como á nosotros mismos nos engrana el mecanismo del Estado. Los muertos les señalan inexorablemente el camino que hay que seguir,

como á nosotros los vivos. Hay aquí en juego fuerzas que no conocemos, y los reyes y ministros las desconocen lo mismo que nosotros; ignoramos la causa y el objeto de estas fuerzas y no penetramos sino lo que nos toca de cerca, sin conocer las verdaderas causas ni los últimos efectos. Por eso me parece más digno hacer inmediatamente, sin vacilación, lo que considero mi deber, que tratar pretenciosamente de aparecer como obrando libremente y con plena conciencia del objeto.

Pablo le apretó la mano al despedirse, y murmuró:

—En teoría tienes otra vez razón; pero en la práctica no comprendo por qué el tirano de las Tullerías nos provoca; mejor hubiera hecho dejándonos en paz.

La orden de movilización llegó; Guillermo recibió, no sin alguna extrañeza, el nombramiento de alférez, afecto al 62.º regimiento pomeraniano. Los días siguientes el servicio le absorbió, por decirlo así, sin interrupción, y no le dejó un minuto de libertad; sólo algunas horas antes de su partida pudo correr á la calle Lennee para despedirse; la rapidez de la carrera precipitaba los latidos de su corazón en el momento de separarse, y se echaba en cara su indecisión en las últimas semanas; así, pues, iba á entrar en la campaña dejando tras de él una situación mal definida. «Quizás sea eso lo mejor, se decía, porque si sucumbo será libre á los ojos del mundo, y si vuelvo sano y salvo, podré realizar lo que he diferido hasta ahora». Pero en el fondo de su corazón no estaba satisfecho de sí mismo; prefería imaginarse cuán hermoso sería para él, en el momento de la separación, tener el derecho de estrechar contra su pecho, ante el mundo entero, á su novia desconsolada; borrar en

sus mejillas las huellas de sus lágrimas, y verse acompañado por ella hasta la estación, y aun alejado de ella, quedar unido por lazos exteriores; pero el amor por sí solo, ¿no era suficiente para todo esto? Tenía que reconocer que no, y comprendía con dolorosa extrañeza que su desprecio por los formalismos, la necesidad que sentía de buscar lo real y que constituía su fuerza mientras se trataba de su existencia íntima, venía á constituir una debilidad peligrosa desde el momento en que por la primera vez salía de sí mismo y quería asociar al suyo otro destino. Al relacionarse con los demás, las formas y las vanidades sociales ejercían su imperio sobre él, y debía sacrificarles su altiva independencia, ó confesarse impotente y sufrir. Este pensamiento trajo otro: todavía estaba á tiempo, en el último momento, de remediar su negligencia; todo esto se lo representaba minuciosamente; encontraba á Loulou sola, la abrazaba apasionadamente, la preguntaba si quería ser suya por toda la vida, y ella decía que sí. Entonces entraba la mamá; Loulou se precipitaba en sus brazos, él cogía su mano y la suplicaba formalmente que tuviera la bondad de aceptarle por yerno, puesto que ya tenía el consentimiento de su hija; si el consejero íntimo estaba en la casa, se obtenía inmediatamente su bendición; si no estaba, se le esperaba, y el tiempo no parecería largo aunque hubiera que esperar horas enteras. No dudaba del consentimiento unánime, y todo hubiera pasado exactamente como se lo figuraba, si hubiera seguido con valentía el camino trazado por el destino y no hubiera aplazado la empresa hasta el último momento, lo que dejaba una parte demasiado grande al azar.

Al llegar ante la hermosa casa de piedra roja,

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"

precedida de un magnífico jardín de plantas raras, experimentó una sorpresa penosa. Ante la verja, cuyos hierrezuelos reproducían con elegancia las iniciales del señor Ellrich, dos coches de alquiler de primera clase se hallaban parados. Había, pues, visitas; en lugar de conducirlo al salón azul, le llevaron al gran salón, al lado del jardín de invierno, donde encontró un gran número de personas que conversaban con viveza. Además de Loulou y de la señora consejera, estaban allí la señorita Malvina Mørker y su madre y el señor de Pechlar, el teniente de húsares de la Guardia que tan admirablemente sabía dirigir los cotillones.

—¡También usted viene á decirnos adiós!—le gritó Loulou en cuanto le vió.

Su gentil figura parecía afligida, y su voz temblaba; á pesar de eso Guillermo creyó recibir una ducha de agua fría sobre la cabeza; sentía que su situación era falsa; se encontraba molesto ante los demás, y sobre todo ante aquel *también* que le asimilaba al teniente de húsares; todo aquello le desconcertó hasta el punto de que sus buenas resoluciones se disiparon y se comportó como un visitante ceremonioso, sin hablar más que por monosílabos. El señor de Pechlar tenía la palabra y la conservó aún después de la entrada del nuevo visitante, al que eclipsaba con el brillo de su bonito uniforme rojo, plagado de cordones, con su grado de teniente, á que acababa de ser ascendido, con su nobleza y con su monóculo; Guillermo no intentó siquiera luchar contra aquella superioridad; valía seguramente muchísimo más, bajo todos conceptos, que el mencionado teniente; pero no se trataba de eso en aquel momento; el subteniente de infantería, de origen burgués, se encontraba enfrente de un teniente noble de los húsares de la

Guardia; no podía, pues, disputarle el puesto. La señorita Malvina sintió, con su bondad de alma, que prestaría un servicio á Guillermo viniendo en su ayuda, y dominando su timidez habitual, le dijo:

—Debe hacérsele á usted muy penoso apartarse así de sus costumbres.

Quería hacer alusión á su cariño hacia Loulou.

Anonadado y distraído, no encontró más que esta respuesta trivial:

—Señorita, cuando el deber nos llama...

Mientras hablaba, notó el calor que había puesto en el tono de su pregunta, y adivinó que había querido mostrarse agradable. Para atestiguarle su reconocimiento, continuó:

—Mi amigo Haber tiene la intención de despedirse de usted antes de abandonar Berlín; piensa mucho en usted y se estima muy feliz por haber tenido el gusto de conocerla á usted.

Malvina le acarició con una mirada de sus hermosos ojos azules, que bajó en seguida con viveza.

—¡Qué suerte haberme encontrado aquí en el momento en que usted ha venido! Sin esta casualidad no hubiera probablemente tenido el placer de verle á usted.

—Señorita—balbuceó,—el servicio nos ocupa tanto tiempo...

—¿El señor Haber está en el mismo regimiento que usted?—continuó ella en alta voz.

—No: se ha quedado en los fusileros de la Guardia.

—¡Qué lástima! Hubiera sido mejor para ustedes dos volverse á hallar reunidos como en 1866.

«¡Qué bien enterada está!» se dijo á sí mismo Guillermo.

—Recuerdo con frecuencia el «buen compañe-

CAROLINA ALFONSO VIZCARRA 51

ro» de Uhland (1). Debe ser un gran consuelo en la guerra sentir que hay un amigo cerca de sí.

—¡Oh! Se traba pronto amistad.

—Bajo este aspecto nuestra suerte es preferible á la de los pobres reservistas—advirtió el señor de Pechlar dirigiéndose á la señora y señorita Ellrich, y sin volverse hacia los otros dos.—Nosotros, oficiales de carrera, entramos en campaña conociéndonos todos, mientras que los otros llegan al regimiento sin conocer á nadie. Supongo que eso debe ser muy desagradable.

Guillermo pensó que nada tenía que contestar, y resultó una pausa, que interrumpió Loulou aproximando su silla á la de Guillermo y hablándole con tono ligero de los sucesos de los días anteriores. ¡Ah, había sucedido aquello tan pronto! ¡En medio de los preparativos de viaje! Ya no era posible pensar en ello; había que quedarse y cumplir con su deber. Mamá era vicepresidenta de una sociedad de socorros para los soldados, de que ella y Malvina formaban también parte; todos los días tenían reuniones; luego había que correr á un lado y á otro; hacer cuestaciones, compras, en fin, distribuciones á las tropas. No se podía disponer de un solo minuto.

—Son días de prueba—suspiró también la señora Ellrich;—cada día tengo cartas que escribir por docenas, y no doy abasto á mi correspondencia.

El señor de Pechlar deploró que tuviera que

(1) «Tenía un compañero... cuando el tambor redoblaba iba erguido á mi lado. Una bala silbó; hele allí á mis pies como una parte de mí mismo... No puedo tenderte la mano, le dije, pero en la vida eterna sé siempre mi buen compañero».—(N. del T.)

llevar la espada, sin lo cual se hubiese considerado feliz sirviéndola de secretario.

El tono de la conversación se le hacía insoporable á Guillermo. Nada le parecía tener que decir y, sin embargo, el silencio le pesaba. Además, nadie parecía tener intenciones de marcharse; tomó rápidamente una resolución, y se levantó; el señor de Pechlar no siguió su ejemplo, y contentóse con cambiar con él, muy fríamente, una inclinación de cabeza. Malvina le tendió vivamente la mano, que él apretó con efusión y que sintió temblar un poco. La señora consejera íntima le acompañó hasta la puerta; estaba emocionada y le dijo con una ternura maternal en el momento en que la besaba la mano:

—Nos escribirá usted con frecuencia, ¿no es verdad? Yo le prometo contestarle lo más frecuentemente posible.

Loulou acompañó á Guillermo fuera del salón, á pesar de la mirada de su madre, que le reprochaba aquella inconveniencia; pensaba él poderla abrazar en el vestíbulo, pero había allí dos lacayos, y todo se limitó á un largo apretón de manos y á una mirada triste de Guillermo; los ojos de Loulou estaban húmedos de lágrimas; ella fué la primera que dijo:

—Que te vaya bien, Guillermo mío; vuelve sano y salvo; ¡adiós! Tengo que volver al salón.

¡Ah, tenía que volver al salón!... Bajó, sin mirar atrás, la escalera de mármol; llevaría frío en el corazón á pesar del sol de medio día; tenía el presentimiento que no dejaba nada tras de sí en Berlín más que las tumbas de los suyos. Por la noche partió en uno de los numerosos trenes que de todas partes de Alemania se dirigían hacia el Oeste; sus silbidos, el rechinar de las ruedas, el choque

CABALLA ALFONSO  
LIBRERÍA  
L. I.

metálico de las cadenas, turbaban el silencio de los campos y suscitaban en los que quedaban en las casas, en todas las localidades que bordeaban la vía férrea, la idea dolorosa de que la mejor sangre alemana se iba vertiendo en torrentes hacia el Occidente.

Entonces comenzó para Guillermo un período de impresiones profundas, pero penosas, en ningún modo comparables á las que había sentido durante la campaña de 1866, cuando todavía no era más que un adolescente. La guerra le mostraba los móviles ocultos de la naturaleza humana, que están ordinariamente sepultados bajo las formas de una alta civilización, y le extrañaba encontrar contradicciones que la razón no explicaba. Por una parte observaba un ardor guerrero salvaje y una sed de destrucción; por otra notaba diariamente actos magníficos de humanidad, de amor al prójimo, de abnegación y de heroísmo casi sobre-humanos. Le parecía que la bestia originaria que hay en el hombre se había escapado y que gritaba de alegría por haber podido romper las cadenas en que la aprisiona generalmente la civilización, y por otro lado veía resplandecer las más nobles virtudes, que no pueden desplegarse en circunstancias ordinarias; la vida era tenida en poco; la propiedad en nada; la mano se iba tras de todo aquello que los ojos veían ó que el cuerpo deseaba; cuando alguna cosa venía á ponerse entre el deseo y la satisfacción, la bayoneta intervenía. Y aquellos mismos hombres que sacrificaban su existencia con la indiferencia de los brutos, y que mataban al prójimo; aquellos mismos hombres realizaban hazañas heroicas para librar á sus compañeros de la necesidad ó del peligro; compartían el último bocado con enemigos heridos ó prisioneros, cuya

mirada, cargada de odio, ni siquiera les decía: «gracias»; mecían en sus brazos después de la batalla, en una cabaña de labrador medio destruída, á un niño, cuando quizá habían quemado un momento antes el techo de aquella misma cabaña ó habían matado al padre de aquel mismo niño. En la guerra se ven los más grandes ejemplos de abnegación y de egoísmo; estos dos polos del desarrollo de la humanidad aparecían á cada instante en toda su desnudez ante los ojos soñadores de Guillermo.

No había nacido para ser soldado; no era pendenciero por temperamento, estaba demasiado desligado de las cosas de este mundo y de sus fenómenos, para sentirse atraído hacia esas tentativas alegres que sólo conoce aquel que quiere dar una prueba de su fuerza triunfando de los obstáculos exteriores, y eso es precisamente lo que hace el guerrero; pero estaba siempre en primera fila cuando se trataba de cumplir un deber penoso, de soportar las privaciones sin quejarse y de contemplar el peligro con sangre fría. Este heroísmo tranquilo y pasivo fué de seguida notado por sus hombres y sus compañeros, y puso á salvo su autoridad; de otro modo se hubiera visto comprometida, puesto que su manera de ser no se parecía en nada á la que caracterizaba al soldado alemán; los rudos pomeranios de su compañía notaron en seguida que no fumaba ni bebía más que agua; vieron también que el polvo y el barro le mortificaban; después de largas semanas, todavía no había podido habituarse á ellos, y parecía desconsolado cuando sus botas ó su pantalón conservaban las huellas demasiado visibles de su paso por las tierras labradas ó por las zanjas ó los baches. Le consideraban como una especie de niño mimado ó

afeminado, y con su conocimiento instintivo del hombre le habían dado el apodo que llevaba ya en la Universidad: le llamaban *La Señorita*. Pero el día en que Guillermo se halló por primera vez en medio del fuego con su compañía, pudieron advertir que era acaso el más valiente de todos; el silbido de las balas parecía no producir sobre él más impresión que el zumbido de las moscas; permanecía moviéndose en la zona más peligrosa con tanta tranquilidad como en el terreno de las maniobras, y el valor no le abandonó un momento hasta que fué preciso refugiarse en una trinchera, abrigó que las lluvias de la víspera habían transformado en una verdadera charca.

Los demás estaban echados, pero él permanecía de pie, y el capitán tuvo que gritarle: «¡por vida de mil santos! ¿quiere usted servir de blanco á los franceses?» para decidirle á agacharse, y todavía se las arregló de manera que quedó casi tan al descubierto como antes; cuando la compañía, absolutamente agotada por la fatiga, se entregó al sueño, se le vió sacudir y cepillar él mismo su ropa, por conmiseración hacia su asistente, que tampoco podía ya resistir más.

A partir de aquel día, su posición quedó asegurada entre los soldados, que todavía, en rigor, se permitían durante las marchas y en el vivac alguna broma inocente sobre el cuidado ansioso que ponía en evitar las charcas; contaban también, riéndose, que iba á despojar á los cadáveres por la noche para apoderarse del jabón y del betún; pero toda la compañía quería y estimaba á *La Señorita*. Los oficiales no participaban enteramente de esta manera de ver; aquel oficial de reserva no les parecía bastante enérgico: reconocían en justicia su valor y su rectitud, pero le encontraban

falto de firmeza y de iniciativa; el uno decía que no tenía entusiasmo guerrero, y que su fría actitud en presencia de sucesos tan importantes producía mal efecto; otro emitía la opinión de que el subteniente Eynhardt iba hacia el enemigo como un sonámbulo, y que su calma tenía en aquellos momentos algo que era poco natural; el capitán estaba descontento de él porque no podía emplearle en ciertas cosas. Así, por ejemplo, era el peor del regimiento para las requisas; en cuanto una campesina se le quejaba, salía con las manos vacías de una casa que todo el mundo sabía y veía que estaba atiborrada de jamones y cuyas bodegas estaban llenas. Esto era tanto más desagradable, cuanto que hablaba muy bien el francés, que había aprendido de niño en Rusia; era el único del batallón que disfrutaba de aquella ventaja: llegó á tener un día un altercado con este motivo con su capitán. Después de una requisita infructuosa en una aldea de la Champagne, que todavía no había recibido la visita de las tropas, le dijo el capitán: «Es muy hermoso tener buen corazón; pero lo que es por ahora es usted oficial y no hermana de la caridad. Nuestros soldados tienen el derecho de comer, y si quiere usted tener conmiseración, téngala usted de ellos más bien que de los campesinos franceses. Renuncie usted á su propia parte si quiere, pero procure usted á nuestros soldados lo que les hace falta; una vez de regreso en Berlín podrá usted, si le place, gastar su fortuna en limosnas, y merecerá así un puesto en el reino de los cielos». Guillermo tuvo que confesarse que el capitán tenía razón; pero no por esto cambió su manera de proceder. Robar, destruir, hacer daño y matar: no servía para eso. Así es que procuraba no encontrar el bien ajeno, y dejaba escaparse á

los franco-tiradores que le caían en las manos. Por el contrario, servía admirablemente en avanzadas y como jefe de patrulla, porque en aquellas circunstancias era su cerebro y no sus puños lo que debía trabajar; se trataba entonces de reflexionar y de tener paciencia, y no de verter sangre. Ninguno como él para permanecer veinticuatro horas guardando una posición ó recorriendo una región sin tomar otra cosa que un pedazo de pan ó un trago de agua; cuando se trataba de aventurarse en un camino peligroso, iba siempre á la cabeza, sin dar señal á sus hombres de avanzar hasta que no había peligro alguno, y todo aquello lo hacía tranquilamente, con su aire natural, absolutamente como si emprendiera su paseo cotidiano bajo los Tilos ó si leyera los periódicos en casa de Spargnapani.

En medio de esta sobreexcitación continua y de esta tensión de todas las fuerzas, las semanas y los meses pasaban con la rapidez de un sueño. Celebraron la Navidad en las avanzadas, sin árbol ni regalos: el año nuevo fué saludado á cañonazos, á guisa de tañidos de campanas; el mes de Enero fué excesivamente frío, y las tropas padecieron mucho; el regimiento de Guillermo, en particular, tuvo que emprender marchas y librar combates muy duros. El 62.º pertenecía á la brigada del general von Ketler, encargada de contener las divisiones Garibaldi y Pelissier, que desde Dijon amenazaban la retaguardia de Werder, y podían, en un momento dado, constituir un peligro para la Alemania del Sur. Desde mediados de Enero, la brigada, durante su marcha sobre Dijon, tenía con el enemigo escaramuzas continuas, que frecuentemente terminaban por un combate serio. El 21 las tropas salieron de madrugada de Saint-Sei-

ne, se batieron durante una hora en el Val-Suzon con los garibaldinos, y, rechazándolos delante de ellos, llegaron hacia las dos á las mesetas de Daix. Enfrente se elevaban los dos conos, en el vértice de los cuales se hallan enclavadas las viejas aldeas de Fontaine y de Talant, más semejantes á castillos fortificados que á moradas de campesinos; entre estas dos aldeas había un estrecho paso, desde donde se veía, como por una puerta abierta, á Dijon con sus techos rojos, sus innumerables campanarios y la esbelta flecha de una iglesia gótica, San Benigno, como más tarde supieron nuestros soldados.

Tenían á sus pies una rica y gran ciudad, que vista al través del aire seco del invierno, les parecía estar tan cerca, que se imaginaban que podrían romper de una pedrada, vigorosamente lanzada, una de las ventanas de la primera casa. Por las innumerables chimeneas subía en torbellino un humo denso, cuyo aspecto evocaba la idea de cuartos bien calentados y de manjares succulentos, que hervían lentamente en los hogares de reflejos rojizos. Allí había, á no dudarlo, calles tranquilas con almacenes llenos de provisiones de todas clases, agradables cafés, habitaciones provistas de buenas camas, lámparas, mesas bien servidas; y ellos estaban al raso, sobre montes desnudos, expuestos al soplo de un rudo viento del Norte, que les helaba hasta la médula de los huesos; cuando su fatiga había llegado hasta el punto de que no podían tenerse en pie, tenían que echarse sobre el suelo, donde corrían el riesgo de helarse si no se sacudían mutuamente. Hacía veinticuatro horas que estaban poco menos que en ayunas, y consideraban como ricachones á los que todavía conservaban un poco de pan negro de munición para la cena. Pero

entre su penuria y la abundancia que se ofrecía á sus ojos, había un ejército enemigo, que ocupaba sólidamente Fontaine, Talant y la garganta que separaba estas dos aldeas, y había que derrotarlo si querían sentarse en aquellas mesas bien servidas y acostarse en aquellas camas mullidas; aquel era uno de esos casos tan raros en las guerras contemporáneas, en que el general en jefe y el simple soldado tratan, por razones diferentes, de conseguir el mismo objeto, y en que se confunden los objetivos táctico y estratégico. El general quería apoderarse de Dijon para preservar la Alemania del Sur y para cubrir las retaguardias de los ejércitos de París y de Belfort; los soldados pedían la entrada en Dijon para poder comer, dormir y calentarse.

Los batallones alemanes iban siempre hacia adelante, sin necesidad de que los estimulasen los oficiales, que, por el contrario, debían más bien contenerlos que alentarlos; los garibaldinos tenían la superioridad del número, de la artillería y de las posiciones, y atacaron con denuedo á los alemanes que se acercaban cada vez más, y que, sin esperarlos, se arrojaron sobre ellos, de manera que en más de una ocasión hubo lucha cuerpo á cuerpo, á la bayoneta y á culatazos. Luego los franceses se batieron en retirada, casi en derrota; los alemanes los persiguieron gritando: «¡hurra!»; pero les detuvo, al cabo de una corta persecución, el fuego violento de Fontaine y de Talant; tuvieron que dar media vuelta, y tras un instante de reposo, los franceses se desplegaron de nuevo. El combate se prolongó así durante tres horas. La nieve estaba horadada por las balas, pateada y enrojecida en diferentes sitios por grandes manchas de sangre; pero la distancia entre los batallones

alemanes y Dijon, que parecía burlarse de ellos, no disminuía; el ala derecha de la brigada hizo entonces un esfuerzo desesperado; marchó adelante hacia el lado de Plombières, reobró sobre los nuestros como un brebaje excitante, y toda la línea precipitóse sobre el enemigo en retirada, sin darle tiempo ni para respirar. Los cañones atronaban desde las alturas y los proyectiles de la reserva francesa caían espesos como granizo sobre los nuestros, que en aquel momento llegaban al pie de la montaña; una parte de éstos, extenuados, se establecieron en las casitas esparecidas en medio de las viñas, mientras que otra parte se ocupó en rechazar las tropas enemigas y en arrojarlas hasta más allá de las líneas francesas; en aquel momento había ya cerrado la noche, y no había que pensar en proseguir el triunfo obtenido; las tropas alemanas hicieron alto donde habían sido sorprendidas por la obscuridad, y tuvieron que pensar en los medios de descanso durante algunas horas; fué una noche espantosa: el frío era tan vivo, que de vez en cuando las basuras de los caballos estallaban con un ruido tal, que hubo varios principios de pánico; era imposible procurarse leña en aquellas mesetas y aquellas vertientes desiertas, y, por consiguiente, encender lumbre; los hombres estaban insuficientemente y mal vestidos, y cada cual trataba de resguardarse lo mejor que podía de los saetazos del frío; durante las marchas y los combates de los últimos días, cada cual había ido recogiendo lo que le había parecido servir para darle un poco calor, y al pálido resplandor de la luna y de las estrellas podían verse los más estrambóticos disfraces; aquí un soldado llevaba por encima del pantalón unas enaguas de campesina rellenas de algodón; allí otro, cuyas botas, mostraban sendos